Gran Hotel Babylon

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 3 14/9/26 12:57

ARNOLD BENNETT

Gran Hotel Babylon

Traducción de Ricardo Bestué



Editorial
Belvedere

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 5 14/9/26 12:57

Título original: *The Grand Hotel Babylon*

Primera edición: octubre de 2026

© de la traducción: Ricardo Bestué
© de la presente edición:
Editorial Belvedere, S. L. U.
Apartado de Correos 59
28760 Madrid
info@editorialbelvedere.com
www.editorialbelvedere.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-949063-8-1
Depósito Legal: M-26514-2025
Impreso en España – *Printed in Spain*

Editorial Belvedere

GRAN HOTEL BABYLON

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 7 14/9/26 12:57

Índice

Capítulo i. El millonario y el camarero 11

Capítulo ii. De cómo el señor Racksole consiguió la cena que deseaba 21

Capítulo iii. A las tres de la mañana 31

Capítulo iv. La llegada del príncipe 43

Capítulo v. Lo que le ocurrió a Reginald Dimmock 51

Capítulo vi. En el salón dorado 61

Capítulo vii. Nella y el príncipe 69

Capítulo viii. Llegada y partida de la baronesa 77

Capítulo ix. Dos mujeres y un revólver 85

Capítulo x. En el mar 93

Capítulo xi. El prestamista de la corte 101

Capítulo xii. Rocco y la habitación 111 111

Capítulo xiii. En la *suite* real 119

Editorial Belvedere

Capítulo xiv. Rocco responde algunas preguntas 123
Capítulo xv. Fin de la aventura en el yate 133
Capítulo xvi. La mujer del sombrero rojo 141
Capítulo xvii. La liberación del príncipe Eugen 153
Capítulo xviii. Por la noche 161
Capítulo xix. La realeza en el Gran Babylon 169
Capítulo xx. El señor Sampson Levi da los buenos días al príncipe Eugen 177
Capítulo xxi. El regreso de Felix Babylon 185
Capítulo xxii. En la bodega del Gran Babylon 195
Capítulo xxiii. Acontecimientos posteriores en la bodega 203
Capítulo xxiv. La botella de vino 211
Capítulo xxv. La lancha de vapor 219
Capítulo xxvi. La persecución nocturna y el granujilla 229
Capítulo xxvii. La confesión de Tom Jackson 235
Capítulo xxviii. De nuevo la *suite* 245
Capítulo xxix. Theodore es llamado al rescate 253
Capítulo xxx. Conclusión 263

Editorial Belvedere

Capítulo 1

EL MILLONARIO Y EL CAMARERO

—¿Sí, señor?

Jules, el afamado jefe de camareros del Gran Babylon, se inclinó solemnemente ante el hombre despierto y de mediana edad que acababa de entrar en la sala de fumadores y se había dejado caer en el sillón de mimbre que había en un rincón del invernadero. Eran las ocho menos cuarto de una noche especialmente sofocante, y la cena estaba a punto de servirse. Hombres de todas las estaturas, edades y nacionalidades, pero tanto unos como otros, impecablemente vestidos con sus trajes de noche, estaban repartidos por el amplio y poco iluminado salón. Del invernadero llegaba un ligero aroma a flores y el tintineo de una fuente. Los camareros, a las órdenes de Jules, se movían delicadamente por las tupidas alfombras orientales, manteniendo las bandejas en equilibrio con la destreza de un malabarista, y recibiendo y ejecutando órdenes con esos aires de gran importancia cuyo secreto solo conocen los camareros de primer nivel. El ambiente respiraba calma y tranquilidad, típico del Gran Babylon. Parecía imposible que pudiera ocurrir nada que empañara la pacífica y aristocrática monotonía de la existencia de aquel establecimiento perfectamente dirigido. Sin embargo, aquella noche

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 11 14/9/26 12:57

iba a tener lugar la mayor conmoción que el Gran Babylon jamás hubiese sufrido.

—¿Sí, señor? —repitió Jules, y esta vez había una sombra de augusta desaprobación en su voz; no era habitual en él tener que dirigirse dos veces a un mismo cliente.

—¡Ah! —dijo el hombre despierto y de mediana edad, levantando finalmente la mirada. Perfectamente ignorante de la identidad del gran Jules, dejó que sus ojos grises brillaran al ver la expresión en el rostro del camarero—. Tráigame un «Beso de Ángel».

—¿Perdón, señor?

—Tráigame un «Beso de Ángel» y tenga la amabilidad de no tardar mucho.

—Si es una bebida americana, me temo que no la tenemos, señor. —La voz de Jules sonó glacialmente nítida, y algunas personas miraron a su alrededor con preocupación, como si desaprobaran la más mínima perturbación de su tranquilidad. Sin embargo, el aspecto de la persona con la que Jules hablaba les tranquilizó de algún modo, puesto que tenía todo el aire de ser un experto inglés cosmopolita que puede distinguir entre un hotel y otro instintivamente, y que enseguida sabe dónde puede formar un revuelo con propiedad y dónde era aconsejable comportarse como en el club. El Gran Babylon era un hotel en cuya sala de fumadores uno se comportaba como si estuviera en el suyo propio.

—No esperaba que la tuviese, pero supongo que incluso en este hotel se pueden mezclar los ingredientes.

—Este no es un hotel americano, señor. —La calculada insolencia de las palabras estaba hábilmente enmascarada tras un acento de humilde sumisión.

El hombre despierto y de mediana edad se incorporó en la silla y miró serenamente a Jules, que se estaba tirando de sus famosas patillas pelirrojas.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 12 14/9/26 12:57

—Coja una copa de licor —dijo, en parte con brusquedad, en parte de buen humor, en parte con amable tolerancia— y vierta en ella en cantidades iguales marrasquino, nata y crema de menta. No lo remueva ni lo agite. Tráigamelo tal cual. Y una cosa más, dígale al barman…

—¿Barman, señor?

—Dígale al barman que tome nota de la receta porque probablemente querré un «Beso de Ángel» todas las noches antes de cenar mientras persista este clima.

—Le traeré la bebida, señor —dijo Jules, con aire distante. Esas fueron sus últimas palabras, con las que venía a indicar que él no era como otros camareros y que quien no se comportara con él con respeto lo hacía por su cuenta y riesgo.

Pocos minutos después, mientras el hombre despierto y de mediana edad saboreaba el «Beso de Ángel», Jules se reunió con la señorita Spencer, que estaba a cargo de la recepción del Gran Babylon. Esta era una estancia bastante amplia, con puertas de cristal correderas que daban al *hall* de entrada y a la sala de fumadores. Allí solo se realizaba una pequeña parte del trabajo administrativo. El lugar servía principalmente como refugio de la señorita Spencer, la cual era tan conocida e importante como Jules. La mayoría de los hoteles modernos cuentan con un oficinista varón para supervisar la recepción, pero el Gran Babylon seguía su propio camino. La señorita Spencer había sido recepcionista casi desde que el hotel alzó sus macizas chimeneas al cielo y permaneció en su puesto a pesar de las veleidades de los demás hoteles. Siempre admirablemente vestida con una sencilla seda negra, un pequeño broche de diamantes, elegantes pulseras y un cabello rubio de rizos pequeños y muy apretados, tenía el mismo aspecto que un número indeterminado de años atrás. Nadie sabía la edad que tenía, salvo ella misma y puede que alguien más, pero a nadie le importaba. Los refinados y atractivos contornos de su silueta eran impecables y, por las

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 13 14/9/26 12:57

noches, era un ornamento positivo del que cualquier hotel podría sentirse inocentemente orgulloso. Su conocimiento del Bradshaw,[1] de los horarios de los barcos y de la programación de los teatros y *music-halls* era inigualable; sin embargo, nunca viajaba, ni iba a los teatros ni a los *music-halls*. Parecía como si hubiera consagrado toda su vida a esa guarida oficial, ofreciendo información a los huéspedes, telefoneando a los distintos departamentos o manteniendo conversaciones personales con sus amigos especiales del personal de servicio, como ahora.

—¿Quién ocupa la 107? —preguntó Jules a esta dama de negro.

La señorita Spencer examinó su libro de registro.

—El señor Theodore Racksole, de Nueva York.

—Ya sabía yo que era neoyorkino —dijo Jules, tras una breve y considerable pausa —, pero habla tan bien inglés como tú o como yo. Dice que quiere un «Beso de Ángel, con marrasquino y nata, por favor», todas las noches. Espero que no se quede mucho tiempo.

La señorita Spencer sonrió sombríamente en respuesta. La ocurrencia de referirse a Theodore Racksole como un «neoyorkino» atrajo su sentido del humor, sentido del cual no carecía del todo. Ella sabía, naturalmente, y sabía que Jules lo sabía, que este tal Theodore Racksole tenía que ser el excepcional y único Theodore Racksole, el tercer hombre más rico de los Estados Unidos y, por lo tanto, probablemente del mundo. Aun así, en seguida se puso de parte de Jules.

Del mismo modo que solo había un Racksole, solo había un Jules, por lo que la señorita Spencer compartió instintivamente la indignación de este último ante el espectáculo de toda persona que, fuera quien fuera, millonario o emperador, presumiera de pedir un «Beso de Ángel», ese indecente brebaje de marrasquino y nata, en el

[1] Libros en los que se recogía los horarios de trenes.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 14 14/9/26 12:57

establecimiento del Gran Babylon. En el mundo hostelero solía afirmarse que, junto al propietario, había tres dioses en el hotel: Jules, el camarero jefe, la señorita Spencer y, el más importante de todos, Rocco, el afamado jefe de cocina, que ganaba dos mil libras anuales y tenía un chalé en el Lago de los Cuatro Cantones. Todos los grandes hoteles de Northumberland Avenue y del Embankment del Támesis habían tratado de llevárselo del Gran Babylon, pero sin éxito. Rocco era bien consciente de que ni siquiera él podía ascender más allá de *maître* del Gran Babylon, hotel que, aunque nunca se anunciaba y no formaba parte de ninguna sociedad anónima, se hallaba fácilmente entre los primeros de Europa: el primero en precios altos, el primero en exclusividad y el primero en esa misteriosa cualidad conocida llamada «estilo».

Situado en el Embankment, el Gran Babylon, a pesar de sus espléndidas proporciones, quedaba en cierta manera empequeñecido por varios de sus vecinos colosales, mientras que en un radio de cuatrocientos metros había dos hoteles, uno de seiscientas habitaciones y otro de cuatrocientas. Por otro lado, el Gran Babylon era el único hotel de Londres que tenía una verdadera entrada independiente para los huéspedes reales que no dejaba de utilizarse. El hotel consideraba perdido el día en que no recibía, como mínimo, un príncipe alemán o el maharajá de algún estado indio. Cuando Felix Babylon —por quien, y sin referencia alguna al apodo de Londres, fue bautizado el hotel— fundó el mismo en 1869, se propuso ofrecer sus servicios a la realeza, y ese fue el secreto de su eminente triunfo. Hijo de un rico hotelero y financiero suizo, se las había ingeniado para relacionarse con burócratas de diversas cortes europeas, y en este aspecto no había escatimado dinero. Varios reyes y no pocas princesas le llamaban Felix y se referían familiarmente al hotel como «el hotel de Felix»; y este había descubierto que eso iba muy bien para el negocio. El Gran Babylon se gestionaba en conformidad a ello. El lema de su política era la discreción,

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 15 14/9/26 12:57

siempre la discreción y la tranquilidad, la sencillez y el aislamiento. El lugar era como un palacio de incógnito. No había ningún letrero en letras doradas en el tejado ni una palabra aclaratoria en la entrada. Al bajar por una pequeña calle lateral del Strand, uno se plantaba ante un sencillo edificio marrón con dos puertas giratorias de caoba y un botones detrás de cada una de ellas; las puertas se abrían silenciosamente, entrabas y ya estabas en el hotel de Felix. Si pretendías hospedarte allí, tú o tu ordenanza debíais entregar tu tarjeta a la señorita Spencer. Bajo ningún concepto debías preguntar por las tarifas. No era de buena educación hacer mención a los precios en el Gran Babylon; eran prohibitivos, pero nunca se mencionaban. Al finalizar tu estancia te sería presentada la factura, concisa y desprovista de información, y pagabas sin decir una palabra. Te encontrabas con una cortesía majestuosa. Eso era todo. Nadie te había pedido que fueras, nadie te manifestaría la esperanza de que volvieras. El Gran Babylon estaba muy por encima de estos recursos; desafiaba a la competencia ignorándola; y, es por eso por lo que casi siempre estaba lleno toda la temporada.

Si había una cosa que molestara más que otra al Gran Babylon —que le ponía negro, por así decirlo— era que lo compararan, o lo confundieran, con un hotel americano. El Gran Babylon era decididamente opuesto a las formas americanas a la hora de comer, beber y hospedarse, pero, sobre todo, a las de beber. El resentimiento de Jules, al pedirle que se le sirviera al señor Theodore Racksole un «Beso de Ángel», era, pues, comprensible.

—¿Viene acompañado el señor Theodore Racksole? —preguntó Jules, continuando su conversación con la señorita Spencer, mientras ponía un desdeñoso acento en cada sílaba del nombre del huésped.

—Con la señorita Racksole, que ocupa la 111.

Jules hizo una pausa y se atusó la patilla izquierda que llegaba hasta su resplandeciente cuello blanco.

—¿Dónde dices que está? —preguntó, con peculiar énfasis.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 16 14/9/26 12:57

—En la 111. No pude evitarlo. No quedaba ninguna otra habitación con baño y vestidor en esa planta. —La voz de la señorita Spencer adoptó un atrayente tono de disculpa.

—¿Por qué no avisó al señor Theodore Racksole y a la señorita Racksole que no podíamos alojarlos?

—Porque Babs estaba dentro, escuchando.

Solo tres personas en todo el mundo soñaron alguna vez con referirse al señor Felix Babylon con la abreviatura inocente, pero fea, de «Babs»: esas tres personas eran Jules, la señorita Spencer y Rocco. Lo había concebido Jules. Nadie más que él habría tenido el ingenio o la audacia de hacer tal cosa.

—Procura que la señorita Racksole cambie de habitación esta noche —dijo tras otra pausa—. O mejor, déjamelo a mí: ya lo arreglaré yo. *Au revoir!* Faltan tres minutos para las ocho. Yo mismo me haré cargo del comedor esta noche.

Y Jules se marchó, frotándose sus finas y blancas manos lenta y meditativamente. Se trataba de una manía que tenía, frotarse las manos con un gesto extraño y circulante, y la acción indicaba que en el ambiente había cierta agitación poco usual.

La cena se sirvió a las ocho en punto en la inmensa *salle à manger*, una sobria, aunque espléndida, estancia de blanco y dorado. Había una joven sentada sola en una de las mesitas situadas junto a las ventanas. Su vestido evocaba a París, pero su rostro evocaba sin lugar a dudas a Nueva York. Era un rostro sereno y cautivador, el rostro de una joven que estaba totalmente acostumbrada a hacer lo que quería, cuando quería y como quería: era el rostro de una joven que había enseñado a cientos de refinados jóvenes el verdadero arte de hacer recados y que, tras veinte años aproximadamente siendo malcriada por los padres, había llegado a considerarse a sí misma el equivalente femenino del zar de todas las Rusias. Esta clase de jóvenes solo se crían en América y llegan a su máximo esplendor en Europa, el cual creen que es un continente creado por la providencia para su diversión.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 17 14/9/26 12:57

La joven que estaba junto a la ventana miró con desaprobación la carta. Luego echó un vistazo al comedor y, mientras contemplaba a los comensales, determinó que la sala en sí misma era bastante pequeña y sencilla. Entonces miró por la ventana abierta y se dijo que, aunque el Támesis al anochecer no estaba mal, ni mucho menos tenía el nivel del Hudson, en cuyas orillas su padre tenía una casa de campo de cien mil dólares. Luego volvió a la carta y, frunciendo sus hermosos labios dijo que no parecía haber nada para comer.

—Siento haberte hecho esperar, Nella.

Era el señor Racksole, el intrépido millonario que había osado pedir un «Beso de Ángel» en la sala de fumadores del Gran Babylon. Nella, (su nombre era Helen), sonrió a su padre con cautela, reservándose el derecho a regañarle en el caso de sentir inclinación a ello.

—Siempre llegas tarde, papá —dijo.

—Solo en vacaciones —añadió él—. ¿Qué hay para comer?

—Nada.

—Pues comamos cualquier cosa. Estoy hambriento. Nunca tengo tanta hambre como cuando no tengo nada que hacer.

—*Consommé Britannia* —empezó ella a leer en voz alta la carta—, *saumon d'Ecosse*, *sauce génoise*, *aspics de homard*… ¡Ay, Dios! ¿A quién le pueden apetecer estas espantosas porquerías en una noche como la de hoy?

—Pero, Nella, esta es la mejor cocina de Europa —protestó el señor Racksole.

—Dime, papá —dijo, con aparente indiferencia—, ¿has olvidado que mañana es mi cumpleaños?

—¿Me he olvidado alguna vez de tu cumpleaños, queridísima hija?

—Por lo general has sido un padre de lo más razonable —contestó ella dulcemente—, y para recompensarte, este año me contentaré

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 18 14/9/26 12:57

con el regalo más barato que jamás me hayas hecho. ¡Solo que lo quiero esta noche!

—Bueno —contestó él, con sufrida paciencia y buena disposición a cualquier sorpresa de un padre a quien Nella tenía plenamente dominado—, ¿de qué se trata?

—Esta noche cenaremos un bistec y una Bass. Será sencillamente exquisito. Me encantará.

—Pero mi querida Nella —exclamó el padre—, ¡un bistec y una Bass en el «hotel de Felix»! ¡Es imposible! Además, a los menores de veintitrés años no les está permitido beber cerveza.

—He dicho que un bistec y una Bass. Y en cuanto a tener veintitrés años, mañana tendré veinticuatro.

La señorita Racksole apretó sus pequeños dientes blancos.

Se oyó una tos suave. Jules estaba a su lado. Debió ser su puro espíritu de aventura lo que le hizo elegir esa mesa para atenderla. Normalmente, Jules no servía la cena personalmente. Simplemente permanecía atento como un capitán en el puente durante la guardia del primer oficial. Los huéspedes habituales se sentían honrados cuando Jules se acercaba a sus mesas.

Theodore Racksole vaciló un segundo y luego pidió la cena con un delicado aire de indiferencia.

—Bistec para dos y una Bass. —Fue el acto más valiente de la vida de Theodore Racksole y, aun así, en más de una crisis anterior no le había faltado un gran coraje.

—No está en la carta, señor —dijo Jules, imperturbable.

—Da igual. Tráiganoslo. Es lo que queremos.

—Muy bien, señor.

Jules se dirigió a la puerta de servicio y, simplemente haciendo ver que miraba hacia atrás, regresó inmediatamente.

—Con los saludos del señor Rocco, señor, lamenta no poder servir un bistec y una Bass esta noche, señor.

—¿El señor Rocco? —preguntó Racksole con indiferencia.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 19 14/9/26 12:57

—El señor Rocco —volvió a decir Jules con firmeza.

—¿Y quién es el señor Rocco?

—El señor Rocco es nuestro jefe de cocina, señor. —Jules puso cara de alguien al que le piden que explique quién fue Shakespeare.

Los dos hombres se quedaron mirándose el uno al otro. Parecía increíble que Theodore Racksole, el inefable Racksole, que poseía miles de kilómetros de ferrocarril, varias poblaciones y sesenta votos en el Congreso, fuera desafiado por un camarero o incluso por todo un hotel. Sin embargo, así fue. Cuando la agotada retaguardia de Europa está contra las cuerdas, ni un regimiento de millonarios puede rodearla. Jules tenía la expresión de un hombre fuerte seguro de su victoria. Su rostro expresaba: «Me ganaste una vez, pero esta vez no, mi amigo neoyorkino».

En cuanto a Nella, conociendo a su padre, preveía interesantes acontecimientos, y esperó llena de confianza el bistec. No tenía hambre y podía permitirse esperar.

—Discúlpame un momento, Nella —dijo Theodore Racksole en voz baja—, vuelvo en un segundo.

Y salió de la *salle á manger* dando grandes zancadas. Nadie del comedor reconoció al millonario puesto que en Londres era un desconocido y esta era su primera visita a Europa en más de veinte años. Si alguien lo hubiera reconocido y se hubiera percatado de la expresión de su rostro, ese alguien habría temblado ante una explosión que podría haber hecho volar el Gran Babylon entero al Támesis. Jules se retiró estratégicamente a un rincón. Había disparado; era el turno del antagonista. Una larga y rica experiencia había enseñado a Jules que un huésped que se aventura a subyugar a un camarero casi siempre acaba perdiendo; este tiene mucha ventaja en este tipo de confrontación.

Editorial Belvedere

Gran_Hotel_Babylon_int.indd 20 14/9/26 12:57